

Presentación

Grupo de Investigación RELEHE
(Relaciones Literarias. Escrituras de Hispanoamérica y España):
Juana MARTÍNEZ GÓMEZ
Niall BINNS
Paloma JIMÉNEZ DEL CAMPO
Esperanza LÓPEZ PARADA
Almudena MEJÍAS ALONSO
Evangelina SOLTERO SÁNCHEZ
Universidad Complutense de Madrid

Literatura de la emancipación y formación de las nacionalidades: la idea de España

En estos años se conmemoran los distintos acontecimientos que llevaron a los territorios americanos a su emancipación de la corona española. Hechos históricos de gran trascendencia para la formación de las distintas naciones que hoy constituyen Latinoamérica. En ese marco, conviene tener presente que la literatura constituye un hecho cultural de gran trascendencia, ya que muchos de los líderes políticos eran escritores de una profunda formación humanística e ilustrada que con sus obras dieron una nueva orientación a la literatura escrita en América. La figura del escritor-político se impone en estos momentos y, en consecuencia, la política irrumpe fuertemente en la literatura después de tres siglos virreinales de presencia sesgada, y juntas, política y literatura –por obra y gracia de la especial condición política de los escritores– se empeñan en la doble tarea de construir nacionalidades y fundar literaturas.

Con una perspectiva antihispanista generalizada, España es una referencia constante desde los primeros textos de la emancipación y lo sigue siendo a lo largo del siglo XIX cuando la atención se centra en la formación de las nuevas nacionalidades. Como exponente del pensamiento absolutista, la España de entonces es generalmente identificada en esos escritos con la inoperancia de su gobierno, con el despotismo de sus funcionarios, con el expolio de las riquezas naturales y la opresión de los ciudadanos, lo que fundamenta muchos de los temas que tratarán los escritores de la emancipación.

La *Carta a los españoles americanos* del jesuita expulso Juan Pablo Vizcardo, redactada en 1791, es uno de los primeros textos independentistas que marca algunas de las pautas que posteriormente irán apareciendo de forma reiterativa. En ella se establece muy claramente la distinción entre españoles europeos y españoles americanos y se enarbola un nuevo y amplio concepto de patria referido a América o al Nuevo Mundo. Si bien se inicia mostrando respeto hacia la “primera patria” por ser

la de los antepasados, después arremete contra ella por su actuación tiránica e injusta, poniendo de manifiesto la imposibilidad de amar esa patria, la España de los padres, para no traicionar a la auténticamente suya, “nuestra propia patria” o la América española.

Establecida una clara distancia entre un “ellos” (españoles) y un “nosotros” y “nuestros hijos” (americanos), la literatura de este momento quiere dar entrada a la voz de los nuevos ciudadanos y a sus aspiraciones de futuro con proyectos políticos, económicos y culturales muy concretos para la organización de los nuevos estados. En este proceso organizador, que compete enteramente a la actividad pública y hasta privada del intelectual americano, resultará crucial el rescate –a veces creación de nueva planta– de lo que Rama llamó *culturas internas*: el diseño de un papel histórico para un indígena más utópico que real, la inclusión de un negro recién emancipado o la consideración de una ideología gaucha mitificada, sectores todos ellos más o menos injertados en un discurso criollo que pagaba de este modo cuotas autoimpuestas de diversidad social e intentaba minimizar su innegable continuidad con una genealogía y tradición hispánica, aún y contradictoriamente operativas.

La agencia criolla que deba operar con esa mezcla explosiva de materiales pondrá al servicio de la empresa todas las escrituras posibles, desde las más consolidadas y clásicas –épica, prensa, narrativa– hasta los inesperadamente emergentes –diarios, correspondencia, escrituras del yo–, pasando por la eficacia defensiva de un ensayo que se enarbola en calidad de arma ideológica para las nacientes repúblicas –Alberdi, Echeverría, Sarmiento, Martí, Rojas, Rodó–. Si la poesía aprovecha la concepción utilitaria que el XVIII impone al género, en tierras americanas se aplicará precisamente a su descripción y delimitación, tanto en la variante más popular patriótica –la gauchesca de Hidalgo– como en la lírica culta que se obliga también a una función formativa y constructiva, por tanto de amplio rango político, no sólo con la entonación ensalzadora de las gestas de los próceres en la nómina del panteón heroico –Olmedo en su “Canto a Bolívar” –, como distribuyendo el espacio nacional a compartir, asignándole valores y servicios –Bello en su “Alocución a la poesía y en su “Silva a la agricultura en la zona tórrida”.

Pasado el tiempo, la hispanofobia no solo no cesa sino que en algunos lugares se seguirá alimentando con mayor encono. Cuando ya resultan anacrónicos –a mediados del siglo XIX– los argumentos derivados de la monarquía absolutista se introducen otros factores de análisis que serán utilizados también en contra de España: la naturaleza (árida, desértica), el pueblo (pobre, inculto, inmovilista...), incluso la visión del arte. Todo puede ser interpretado como exponente de la barbarie española y la causa de los males de América. Esta visión de España alimenta el enfrentamiento Civilización-Barbarie, desarrollado por Sarmiento que en su polémico viaje por la Península, descubre y cimenta en la herencia hispana la causa y la razón del atavismo argentino: ese binomio, a que él da nombre y que recorre con su polaridad irredimible todo el pensamiento del XIX, actúa como el poderoso elemento estructurador en el proceso de creación de las identidades nacionales y en la administración de las ciudades letradas.

Sin embargo, desde la perspectiva literaria la cuestión emancipadora resulta más problemática y ambigua, ya que podemos hablar al mismo tiempo de ruptura y continuidad. La relación entre las dos patrias en litigio –la madre opresora y la hija sometida– se torna en una relación ambivalente de amor-odio, sobre todo a raíz de los dos elementos comunes que unen a ambas: la lengua española, en la que sin piedad se escribían las diatribas contra España, y la tradición literaria española que nutre gran parte de la literatura de la época, pese al elegido distanciamiento de algunas literaturas.

Tras la formación de las nuevas naciones, la posibilidad de una fragmentación lingüística como la ocurrida con el latín tras la caída del Imperio Romano lleva a Andrés Bello a escribir su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, la cual puede ser considerada como trasunto del sueño bolivariano de la unidad americana. Pero surgen asimismo una serie de disputas lingüísticas que proyectan la autonomía cultural nacional sobre la base de un autoctonismo idiomático nativo proclamando la soberanía popular idiomática.

Las querellas por la lengua nacional nacen en el contexto del historicismo romántico, ya que demandar la idiosincrasia del idioma entrañaba discutir la condición nacional misma. Las lenguas eran simultáneamente la expresión del alma nacional y la producción de la actividad de esta misma alma. La cultura americana se hallaba entonces en una encrucijada en la que confluían la tradición española y nuevas corrientes. El debate acerca de la lengua se abrió con la inauguración del Salón Literario en 1837, cuando Juan María Gutiérrez declaró que el idioma local debía divorciarse del de España y familiarizarse con los idiomas extranjeros. Al año siguiente Alberdi pedía también la “emancipación de la lengua” y preconizaba la imitación del habla popular.

En los años de la Independencia se produce una gran transformación en el hecho literario que afecta tanto al lenguaje y los temas como a la recepción, resultado del desvío del interés desde una literatura al servicio de la aristocracia a una al servicio del pueblo. De un discurso hermético y culturalista para disfrute de las minorías cultas que constituían la aristocracia peninsular se pasa a una literatura de claridad expositiva y finalidad didáctica que quiere llegar a un mayor número de lectores, de ciudadanos civiles a los que se intenta remover las conciencias. La literatura, así entendida, contribuye a difundir proyectos, aclarar ideas, asentar tendencias, proponer soluciones, interpretar realidades, etc., con todos sus géneros al servicio de la lucha independentista y con el apoyo de empresas editoriales extranjeras que se comprometen con la causa de la “América española”, y después con la formación de las nacionalidades.

Al respecto, es destacable la importancia que tienen en las tres primeras décadas del siglo la prensa estadounidense: periódicos de Nueva York, Boston, Washington, Baltimore o Filadelfia se hacen eco de los distintos levantamientos que se producen tanto en México como al sur del continente. En correspondencia, algunos de los independentistas más destacados de la América española –Mier, Heredia, Torres, Vidaurre, Varela, y más tarde Martí, entre otros– recalcan en estas ciudades (Nueva York y Filadelfia reciben el mayor número de visitantes distinguidos) con la

esperanza de recabar apoyos económicos y políticos a la causa libertadora. Apoyos estos que, en muchas ocasiones, no son más que declaraciones de buenas intenciones. No obstante, el sostén editorial prestado por algunos impresores estadounidenses –el más comprometido es John F. Hurtel, o Juan Francisco Hurtel para los americanos españoles– es de vital importancia para el conocimiento y difusión de los proyectos republicanos de las incipientes naciones hispanoamericanas y de algunos de sus textos literarios y políticos más importantes.

Los artículos que componen este monográfico están relacionados con los aspectos comentados. Así pues, el apoyo a la soberanía del pueblo y el rechazo del poder divino que se atribuye a la monarquía absoluta, la consiguiente lucha por la libertad y la defensa de un modelo político republicano de corte anglosajón es estudiado por Carmen Ruiz Barrionuevo en el artículo titulado “La dominación española en *El triunfo de la libertad sobre el despotismo* (1817) del venezolano Juan Germán Roscio”. El texto de Roscio, impreso también por Hurtel, busca desmontar las bases sobre las que se sostiene el gobierno despótico de Fernando VII con los mismos argumentos utilizados por la monarquía española: las interpretaciones de las Sagradas Escrituras. Si determinados libros bíblicos (especialmente los pertenecientes al Nuevo Testamento) son utilizados por la iglesia española en América para mantener el sistema colonial y el sometimiento al rey de España, Roscio da una vuelta de tuerca al discurso imperialista y encuentra en los textos del Antiguo Testamento argumentos de peso para defender los *Derechos del hombre y del ciudadano* difundidos por la Revolución francesa. El venezolano no sólo se sirve de las palabras recogidas en los libros iniciales de la Biblia para proclamar que “el gobierno republicano fue el primero porque es más conforme a la naturaleza del hombre”, también de las formas escriturales de los padres de la Iglesia (principalmente del modelo confesional instaurado por San Agustín) para estructurar su discurso revolucionario. Pese a su antihispanismo, el modelo político español en el que estado e iglesia están interrelacionados sigue siendo útil a Roscio para llamar al criollo venezolano a la lucha por la independencia y el republicanismo.

La literatura del XIX se coloca vocacionalmente al servicio de las necesidades cuya satisfacción la independencia requerirá para verse cabalmente cumplida, una función que sin duda se le plantea será el diseño del sistema económico que, heredado del proyecto exclusivamente minero y extractivo de la colonia, debe buscarse un relevo menos esclavista y extenuante. Los intelectuales del momento, de Bolívar a Bello, buscarán nuevas fuentes de riqueza que se aparten de la explotación imperial de las minas de plata, proponiendo un regreso al campo y a la agricultura, regreso que adquiere tintes tan políticos como morales. El artículo de Pedro García-Caro “Las minas del Rey Fernando: plata, oro y la barbarie española en la retórica independentista hispanoamericana”, describe ese mercantilismo metálico de la colonia, regido en la distancia por las élites peninsulares, como una velada forma de protocapitalismo –en realidad una rémora feudal con rasgos de precapitalización– que sustituye la inclinación prehispánica de signo ritual-ornamental hacia los minerales por el valor de mercancía e intercambio en condición inflacionaria con que el imperio

desencadena irremediables procesos de desindustrialización temprana en el Nuevo Mundo.

Este desequilibrado orden económico genera, entre otras cosas, réplicas americanas de los mandatos metropolitanos, una especie de *micropolis* locales que repiten para sus áreas de influencia los modelos colonialistas, como desvirtuados *centros*, núcleos de poder regional en el circuito de una periferia desabastecida y dolosamente replicante. No es extraño entonces que la cuestión de su pervivencia o de su desmantelamiento se constituyera en uno de los puntos de mayor fricción del pensamiento independentista, incluso en su forma más popular –como ocurre en los plásticos y contundentes *cielitos* de Hidalgo en los que se condena la avaricia extractiva del rey Fernando VII o en el la heroica *Victoria de Junín*, donde se revela la importancia de una reasignación por parte de la América independizada de toda su riqueza natural–. La urgencia por proponer alternativas *postcoloniales*, en variante *postmetálica*, *agrarista* y *utópica*, se perfila uno de los deberes de la agencia criolla que, sin embargo, no será capaz de abandonar del todo la retórica del antiguo régimen en su obligación propagandística de legitimar la nueva situación desde las narraciones, los poemas, los discursos, las proclamas, los ensayos y los periódicos que emita.

La naturaleza española –la inexistencia de riquezas naturales en ella y el paisaje estéril y escaso– queda retratada en “Estampas y retratos de España en el *Viaje* de Sarmiento”, donde Vicente Cervera Salinas estudia el libro que surgió del viaje de Sarmiento a España en 1846. En pocos autores se palpan con tanta nitidez las contradicciones del antihispanismo decimonónico, ese amor solapado y seguramente inconsciente que acompaña las manifestaciones explícitas de repudio y desprecio. Cervera Salinas recuerda las palabras de Unamuno: Sarmiento “habla mal de España como sólo un español puede hablar mal de España, pero lo hace en español y muy en español”. El artículo examina los recursos que emplea el argentino para dejar patente cómo el atraso e insalubridad del campo castellano, el oscurantismo encarnado en las bóvedas sepulcrales del Escorial y, en general, la decadencia y barbarie de una España estancada en el pasado, eran la fuente principal de los males de América. Esta idea, sin embargo, que correspondería a la tesis de Sarmiento y la motivación principal de su libro, choca con la complejidad de la experiencia española de su autor. Mediante el costumbrismo –estampas goyescas de personajes populares que podrían haber salido del siglo XVI–, Sarmiento se acerca, a menudo fascinado, a la belleza de una España escindida radicalmente del progreso europeo. De la misma manera en que, en *Facundo*, abominaba del gaucho pero quedaba a la vez seducido por sus destrezas, se enfrenta ahora con ánimo dividido a la barbarie hechizante del toreo, aunque a fin de cuentas, como señala Cervera Salinas, esta mezcla de amor y odio poco tiene de extraño: corresponde a la “naturaleza contradictoria y, por ende, moderna del alma de Sarmiento”.

La lucha por la independencia económica de la metrópoli y la crítica del reparto desigual de los bienes elaborados, la industria y el comercio, muestra de la prepotencia y el abuso español, son analizadas en el artículo “España en *Cecilia Valdés*”, de Roberto González Echeverría, y en el que se ofrece una revisión de la

novela de Cirilo Villaverde bajo el prisma de la realidad socio-cultural decimonónica. Siendo Cuba el único país hispanoamericano todavía perteneciente a la Corona española, sus intelectuales luchan por la consecución de una independencia ya obtenida por las otras naciones; quieren ser “cubanos” a la vez que no pueden evitar sentirse, aunque sólo sea inconscientemente, “españoles”. El conflicto económico y social, la existencia de un régimen todavía esclavista y la necesidad que sienten los cubanos de gestionar los asuntos de su propia tierra, provocan una crisis que España no sabrá resolver. Nos encontramos aquí con un magnífico trabajo en el que se nos ofrece una visión de la novela en la que queda de manifiesto cómo el novelista cubano sigue la tradición literaria española. En *Cecilia Valdés* Cirilo Villaverde nos asoma a la realidad social de Cuba desde todos los ángulos posibles; pero, como muy bien apunta González Echeverría, no opta por proponer soluciones a los problemas que denuncia. Quizá se mueve dentro de la misma ambigüedad que la mayor parte de sus personajes.

Se cierra el monográfico con un estudio centrado en la recuperación de las raíces hispánicas como marca de identidad. María Rosa Lojo rescata el factor hispánico en la construcción de la cultura argentina en el artículo titulado “Los intelectuales argentinos y España: de la Generación del ’37 a Ricardo Rojas”. Si bien es cierto que la Generación del ’37 se caracterizó por su “voluntario distanciamiento de España” (aunque como bien señala la autora hubo también otros escritores como Lucio y Eduarda Mansilla que supieron dar la nota de equilibrio), entre finales del siglo XIX y principios del XX tiene lugar una creciente revaloración de lo hispánico debida principalmente a dos factores: la amenaza que supone al constructo patriótico el aluvión migratorio de orígenes y lenguas extrañas, y el inquietante avance de los Estados Unidos hacia una hegemonía continental. En este contexto profundiza la investigadora en la obra de Ricardo Rojas, joven intelectual en la época del primer centenario, el cual llevaría a cabo una intensa reivindicación de la raíz hispánica, así como una instalación de la raíz aborigen en el imaginario de una Argentina que prefería ocultarla y olvidarla. María Rosa Lojo nos muestra cómo Rojas recuperó el legado de la Generación del ’37, pero puso en él los elementos ibéricos que el fervor independentista y la veneración por Francia habían dejado de lado u oscurecido.